

En la centuria décimosexta las mismas biografías universales aseguran que todo lo que existió de arte y para el arte en España fué italiano, flamenco ó francés. En el siglo XVII, que se le distingue en la historia por la depravación del gusto y aberración borrominesca del arte en Italia, aunque los españoles se resistieran á recibirle para sus obras, al fin entre ellos se dice que florecieron los Churrigueras y Tomás.

Con relación á la centuria decimoctava, en que floreció Don Ventura Rodríguez, los extranjeros se han creído siempre con derecho á afirmar en sus biografías que el arte en todas sus manifestaciones en la Península ibérica fué absoluta y exclusivamente italiano, aunque con matices ó colores señaladamente franceses, ó sea, de una escuela que pudiera llamarse franco-italiana, sin añadir la palabra española, porque las gentes, lo mismo las de mayor altura social que las más ilustradas de España, no pusieron por su parte más que dinero, brazos y una destreza instintiva más ó menos señalada á la disposición de aquellos maestros que llegaban de Italia y Francia á buscar fortuna en la Península, pretendiendo que sólo ellos eran los que traían el gusto y la inteligencia para realizar las obras arquitectónicas en nuestro país.

Las afirmaciones históricas que preceden, fundadas, como se lleva indicado, en el silencio de los biógrafos españoles, es evidente que como pruebas son negativas, lo cual, para la historia verdadera de la inteligencia y destreza de los hombres de un país cualquiera, en buena lógica no sirve para nada, y vamos á demostrarlo con la biografía de D. Ventura Rodríguez Tizón.

Nació éste en 14 de Julio de 1717 en la villa de Ciempozuelos, para ser muy pronto uno de los más distinguidos hijos de aquélla

por su saber y destreza en la arquitectura propiamente dicha española. Sus padres fueron D. Antonio Rodríguez Pantoja y Doña Jerónima Tizón y Espinosa. El primero y su hermano Blas, así como algunos de sus abuelos, procedían de una modesta familia de maestros muradores, albañiles y alarifes que en el siglo XVII habían alcanzado por sus obras crédito de hábiles artesanos. Por lo tanto, los años primeros de D. Ventura Rodríguez es evidente é innegable transcurrieron observando las labores y trabajos en el arte de construir y edificar en que se ejercitaba, aunque fuese empíricamente, su padre D. Antonio; pero éste comprendió la importancia de la arquitectura y sus verdaderos principios leyendo, sin duda, á Caramuel, libro que entonces andaba en manos de los oficiales albañiles en España, en el que vió la amarga crítica de escritor tan ilustrado sobre aquellos maestros de obras que, según dice¹, “á los pocos días de ejercer su oficio, sin saber Aritmética y Geometría, se cuentan en el número de los Arquitectos”; añadiendo aquel Prelado: “si lo fueran, podía decirse que la Arquitectura era un arte puramente mecánico que se ejecutaba con las manos y no con el ingenio.”

Cuando esta opinión empezó á cundir y á extenderse por España, D. Antonio Rodríguez Pantoja, como padre de D. Ventura, siguiendo el consejo del P. Caramuel, procuró enseñar á su hijo la Aritmética y Geometría que él poseía, para que, en su día, si llegaba á ser Maestro de obras, pudiera alcanzar con derecho propio á ser Arquitecto, no sólo por las manos, sino por el ingenio y gusto peculiar del artista y hombre de ciencia.

Como no fuera suficiente, á juicio de D. Antonio Rodríguez,

¹ *De la arquitectura oblicua*, pág. 28.

la Aritmética y Geometría que él podía enseñar, para lograr el fin que se proponía, y ocupado como se encontró de oficial de albañil en las obras del Real Sitio de Aranjuez, adonde acudía á trabajar bajo la dirección de D. Pedro Caro Idrogo, Maestro mayor y Aparejador del mencionado Real Sitio desde 1712, y en particular desde 1727, en que se derribó el antiguo palacio que allí existía, D. Ventura Rodríguez acompañó permanentemente en el Real Sitio á su padre desde el 2 de Mayo del último año referido, y bajo la dirección del ya citado Caro Idrogo, Carabinero real que fué de los ejércitos españoles, se perfeccionó en la Aritmética, Geometría y en el Dibujo de todos géneros de aplicación inmediata de la Arquitectura, resultando que en 1732, en que murió aquel excelente maestro, D. Ventura Rodríguez, que tan sólo tenía quince años, era uno de los primeros tracistas y delineantes que, puede asegurarse, existían entonces en España, como tuvo ocasión de probarlo muy pronto en 1733 cuando las obras de la nueva fábrica del palacio de Aranjuez estuvieron bajo la dirección del francés D. Esteban Marchand, Coronel de Ingenieros, y en 1734, cuando aquellas obras pasaron á manos de D. Leandro Brachelieu, también francés é ingeniero al servicio de España; y respecto de pinturas y adornos, ante D. Juan Bautista Galuci, D. Santiago Bonavit, su ayudante, y otros muchos profesores italianos, doradores, pintores y pretendidos hidráulicos que hasta el año de 1739 invadieron las obras del palacio de Aranjuez muy principalmente, por el favor que por entonces les dispensó Su Majestad Doña Isabel de Farnesio, aunque en realidad aquella colonia no fuese más que una reunión de artesanos, y no maestros Arquitectos, á pesar de haber escrito bajo una corona real aquellas dos lápidas para el indicado palacio, en las que se leía en latín y castellano, con

objeto de hacer creer que como obra excelente por el arte les pertenecía.

PROV.^A R.^A
OPUS MAGNUM,
PROVIDE, ET CURATE CONSTRUCTUM
POTENT.^{MI} SUB AUSPICIIS MAX.^{MI} R. PH. V.
A. S. N. 1739.

PROVIDENCIA REGIA, OBRA MAGNÍFICA,
PRÓVIDA Y DILIGENTEMENTE CONSTRUIDA BAXO
EL AMPARO Y ORDEN DEL PODEROSÍSIMO Y
GRANDE REY FELIPE V. EL AÑO DE NUESTRA SALUD 1739

Cuyas lápidas, iguales de tamaño, aunque tenían cincelados el caduceo de Mercurio coronado y la cornucopia de la abundancia con flores y frutos, se quitaron pronto de su sitio para retirarlas al almacén de materiales y trastos inútiles.

En tanto, aunque poco, se puede admitir que D. Ventura Rodríguez aprendiese algo en medio de aquella pléyade de italianos, que todos pretendieron y consiguieron se les pagase como ilustrados maestros, porque la edad de veinte á veinticinco años de Rodríguez se prestaba á enriquecer los conocimientos adquiridos bajo la dirección de D. Pedro Caro Idrogo, que, además de la ciencia que el último poseía, le facilitó estudiar en el Archivo y Contaduría los planos, proyectos, informes y presupuestos que formados por Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, como maestros mayores, habían dejado en aquel Archivo; Toledo en 1561, es decir, un año antes que se ocupase de las obras del Escorial, y Herrera en 1574, en cuyas épocas todos los artífices y artesanos que trabajaban en aquellas obras, dirigidas por aquellas dos lumbreras del arte, para formar contraste con el siglo XVIII, eran castellanos y de la tierra, como Jerónimo Gil, Lucas Escalante, Maese Antonio, Antonio Segura, Juan Bautista el Marmolero, Maese Pedro de

Mola, á quien siguieron en 1593 Antón Morillejo, Pedro Virola, que trazó en 1590 las oficinas y talleres para la Armería, y otros muchos maestros, artífices y obreros, todos hijos de la provincia, que sin haber aprendido el arte en Francia ni en Italia, dirigidos unas veces por Toledo y otras por Herrera, levantaron el antiguo y maravilloso palacio de Aranjuez.

Tales fueron las obras que tuvo ocasión de estudiar Don Ventura Rodríguez, para hacerse el más excelente Arquitecto de su siglo y época, antes de que cayeran en ruinas por el fuego del 16 de Junio de 1748. Y cuando aquellos antiguos trabajos no pudo estudiarlos en sus menores detalles y conjuntos por hallarse demolidos, lo hizo el joven Rodríguez por sus planos, trazados y dibujos, de los cuales puede tenerse idea aproximada leyendo la magnífica descripción de aquel palacio, que, como museo del gusto arquitectónico en la España de los siglos XVI y XVII, le pintó Leonardo Lupercio de Argensola, cuando tratando de todas aquellas obras genuinamente castellanas, decía, entre otras cosas:

Álzase al lado del jardin florido,
con quatro hermosas frentes, una casa
que nunca el sol su semejante ha herido
del alto chapitel hasta la basa;
ninguna imperfección hallarse puede
si el gran Vitruvio vuelve y la compasa.

Posteriormente la restauración y todo lo que en aquel Real Sitio se fabricó fué por un capricho de la suerte y por el favor señalado de S. M. la Reina Doña Isabel de Farnesio como viuda de Felipe V. En lugar de ser escuela de artistas castellanos, como en tiempo de los Austrias, se convirtió en escuela de labores italianas, por el pintor Bonavit, aunque se llamaba arquitecto, por Conrado Giacinto y Santiago Amiconi, también pintores, por Francisco

Sabatini, que favorecido por la Reina viuda llegó á ser en contadísimos años Mariscal de Campo en el Ejército, y en lo civil Maestro mayor de todas las obras reales, aunque sus contemporáneos amargamente le criticaban en público, al presentar como propias de su ingenio las obras de su suegro Wambitelli¹, celebrado Arquitecto napolitano; pudiéndole haber comparado nuestro ilustradísimo crítico Bosarte con Dinócrates cuando se valió de las ideas de su suegro para ser artífice de su fortuna.

Otros cuarenta ó cincuenta más, con el título de maestros, formaron la colonia italiana de Aranjuez, á la cual se debió el aire arquitectónico del país de que vinieron aquéllos á España, dando lugar á que los viajeros extranjeros, cuando admiran las bellezas que en la actualidad se conservan en el Palacio y jardines de aquel Real Sitio, digan, contemplando las obras modernas, que en la mencionada Casa Real todo es italiano.

Si entre ellos llega por casualidad uno que es maestro ó inteligente en el arte, al admirar los restos de las obras antiguas en el mismo Palacio de Aranjuez anota en su cuaderno de apuntes que lo moderno es italiano y los restos preciosísimos de lo antiguo todo fué invención de Vignola, italiano también, y por tanto del gusto de su país en el siglo XVI; lo cual presupondría que Don Ventura Rodríguez, como ingenioso tracista y diestro Arquitecto, estudiando los primeros años de su carrera en las obras concluídas en el Real Sitio, fué discípulo de Vignola, y en Madrid del italiano Fontana, cuya escuela se dice trajeron á España los celebrados Juvara y Sachetti, y de los que no fué sino delineador principal.

¹ Véase D. José Folch: *Variedades de ciencias, literatura y artes*, tomo IV, pág. 182. Madrid 1804.

Para ser aquella afirmación exacta y verdadera desde el punto de vista histórico, buscando las pruebas en el Archivo y Contaduría del Palacio y edificios reales, en la antigua Mesa Maestral ó Casa de la Reina Católica y del Emperador Don Carlos, Palacio de Felipe II y de los dos Felipes que le sucedieron, jardines y pueblo de Felipe V y Fernando VI, sitio de recreo de Carlos III y Carlos IV, que son los nombres que ha tenido en la corte el Real Sitio de Aranjuez en la sucesión de los años, repetiremos que, inspeccionando cuidadosamente el mencionado Archivo y Contaduría de tan preciada vivienda considerado desde el doble punto de vista de artífices y artistas, no se ha podido hallar por ninguna parte el nombre del italiano Vignola, á cambio de hallar, cada uno en su tiempo, los planos, proyectos, presupuestos y cuentas pagadas de los Toledos, Herreras y de otros ciento, naturales é hijos de España en los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, entre los cuales se contaron D. Blas, D. Antonio, Don Ventura, D. Blas Martín y Manuel Martín, todos de la familia de Rodríguez é hijos de Ciempozuelos; ó sea hasta la época en que la Reina Doña Isabel de Farnesio, retirada en el Sitio de Aranjuez, tuvo empeño decidido en verse rodeada de verdaderos ó pseudos artistas, con tal que fuesen italianos.

En 1734 ocurrió el incendio del Alcázar viejo de Madrid, lo cual obligó á Felipe V á pensar seriamente en levantar de planta un nuevo Alcázar que fuese obra digna de la Corte. Como ya en otro lugar indicamos, llamó á D. Felipe Juvara, siciliano, que por aquellos años de 1734 se le consideraba como uno de los más eminentes Arquitectos de Italia. Una vez llegado á Madrid, el Rey Felipe V le encargó el proyecto de su nuevo palacio. Para realizar este deseo regio, lo primero que hizo el Abad de Selva fué buscar

personas inteligentes y manos diestras que le ayudasen; y con motivo de estar la Corte en Aranjuez, habiendo visto algunos diseños de Rodríguez, donde éste trabajaba ganando al día ocho reales, no pudo menos de demostrar su admiración, pidiendo al Rey se le nombrase delineador suyo para el trazado del Palacio de la Corte, con lo cual D. Ventura Rodríguez pasó á fijar su residencia en Madrid, mejorando de sueldo y tomando parte como delineante de Juvara en aquel famoso plano y proyecto de Palacio Real que había de edificarse en los altos de San Bernardino, obra que desgraciadamente para el arte no se ejecutó, puesto que á los dos años de hallarse Juvara en Madrid, y siendo el 31 de Enero de 1736, le arrebató la muerte á mejor vida, con lo que sus diseños se dieron al olvido. Sin embargo, D. Ventura Rodríguez, á las órdenes del Abad de Selva por tan corto espacio de tiempo, hízose querer tanto de éste por su modestia, docilidad y aplicación, que, á semejanza de Caro Idrogo, hubo de comunicarle sus más recónditos conocimientos, no ocultándole la más pequeña regla ni el más leve y sutil pensamiento arquitectónico.

Muerto Juvara, necesitaba Felipe V un Arquitecto digno continuador de su pensamiento, y refiérese que, por indicación de aquél, ya moribundo, fué traído á España y nombrado Maestro mayor del palacio de Madrid D. Juan Bautista Sachetti, discípulo predilecto de Juvara, quien, habiendo observado los trabajos de Rodríguez, nombróle primer delineante; sirviendo nuestro biografiado de intermediario entre el Director y los que en ella trabajaban, debido, sin duda, á la completa confianza que Sachetti tenía en el talento singular de D. Ventura, y en particular porque hablaba el italiano y Sachetti no podía expresarse en castellano. Por esto no podía separarse un momento del Maestro mayor, teniendo ocasión

de observar su imaginación fecunda, su carácter reflexivo y grandioso que, por lo que después se vió, se asimiló D. Ventura como Arquitecto. Esto de una parte, y sus constantes y brillantes adelantos en la Arquitectura por otra, fueron títulos suficientes para que, á propuesta de la Junta de Obras y Bosques, en 28 de Abril de 1741, por Decreto de Felipe V, y no contando aún veinticuatro años, se le nombrase Aparejador mayor de Palacio; Cédula que, según Jovellanos, fué librada en 18 de Junio del mismo año y que á nosotros nos ha sido imposible hallar en el Archivo del Real Palacio. Vemos, pues, que paso á paso, y por su propio esfuerzo, va D. Ventura conquistando laureles, si muy difíciles de lograr en cualquiera de los humanos conocimientos, tanto más penosos de escalar en cualesquiera de las tres nobles artes, constituyendo por ello uno de los timbres que más glorifican á Rodríguez.

Fácil nos sería demostrar las nobles ideas sobre la belleza que, á su entrada en España, trajo Felipe V; pero como prueba puede recordarse aquella empresa que propuso al Rey D. Domingo Olivieri, primer escultor de cámara, de la creación de una Academia, cuyo fin principal fuera transmitir á los aficionados á las bellas artes los principios del gusto clásico de los Toledos y Herreras, y en el segundo período de la restauración arquitectónica seguidos por Idrogo, el eximio Rodríguez y algunos más; y á este efecto se creó la Junta preparatoria por Real Cédula de 1744, en la que habían de desempeñar cátedras Sachetti, Bonavia y Carlier, á los que indistintamente sustituyó D. Ventura Rodríguez, ganando el arte y con gran aprovechamiento de los discípulos.

Á partir de esta época, 21 de Agosto de 1745, ó sea desde que principió á sustituir á Sachetti, vemos á Rodríguez sufrir las

ásperas y duras persecuciones de la envidia; persecuciones y contrariedades que supo llevar con noble resignación, dado su carácter afable, y que, en aras de sus sentimientos piadosos, pudo colocarse muy por encima de las humanas ambiciones, característica única de aquellos extranjeros que, merced á sus intrigas, muchas veces lograron obscurecer en el olvido los más concienzudos trabajos que con la regla y el compás hubo de trazar D. Ventura.

Las obras más costosas que se realizaban en España encomendábanse á los artistas extranjeros, sin que se vea hasta pasado el año 1776, con la caída de Grimaldi, protección alguna hacia nuestros artistas, concediéndose en cambio honores y distinciones, á más de exorbitantes sueldos, á todo aquel que hubiera nacido fuera de nuestra Península, hasta el punto de pasar en nuestro suelo por Arquitectos muchos que no solamente desconocían las Matemáticas, principio fundamental de la Arquitectura, sino que los más ignoraban los indispensables rudimentos que en España poseía cualquier alarife ó maestro de obras. Entre innumerables ejemplos que pudieran citarse está el caso ocurrido con el francés Dreveton, que en 1772 construía la media naranja perteneciente al Colegio de niñas pobres de Santa Victoria en Córdoba, y que, á no ser por la intervención de Rodríguez, se hubiera derrumbado por completo.

Otros ejemplos análogos podríamos recordar de los artistas extranjeros que en el promedio del siglo XVIII pululaban por Madrid, entre ellos de los italianos Ravaglio, Sabatini, Carlos Ruta, Sermini, Sani, Fraschina; de los franceses Bousignac, Marquet, Brachelieu, y de los flamencos, como Juan Vandembor, que emplearon sus arteras mañas y, dada la manera extraña de ser y existir el arte en España, nunca pudieron ser infructuosas, puesto

que Ministros como Wall, Esquilache y el ya citado Grimaldi, italianos y franceses de nacionalidad, apoyados por la ya mencionada Reina Doña Isabel de Farnesio, sancionaban con sus disposiciones el acaparamiento para aquéllos de las obras y fábricas que de gran coste hubiese necesidad de levantar.

Pero si callamos muchos, no es posible olvidar que D. Virgilio Ravaglio, sin más disposiciones arquitectónicas que las aprendidas en el Real Palacio de Madrid al lado de D. Ventura Rodríguez, fuese elegido por la ya anteriormente referida Reina para trazar el Palacio de Riofrío. He ahí, pues, bien patentemente demostrado nuestro aserto, aunque en el transcurso de nuestra exposición tendremos no pocas ocasiones de señalar idéntica protección, rayana en el más grande favoritismo. Bastó fuese italiano Ravaglio para que se le encomendase la obra de aquel Palacio, que, al decir de Llaguno, costó á la Nación más de tres millones; y en cambio eran desoídas las justas pretensiones de los artistas españoles; que se les adeudaban cantidades insignificantes, viéndose rodeados de dificultades, que no vencieron, para su cobro.

¿Puede darse mayor privilegio á ningún extranjero como el otorgado á Carlier en 1745 en la Junta preparatoria? Había ocurrido en 1744 en ésta, por muerte de D. Francisco Ruiz, la vacante de Director de Arquitectura, que Rodríguez solicitó en unión de D. José Pérez. Pero este premio al mérito y al porvenir del arte propiamente dicho español le fué ofrecido galantemente, y sin oposición, al que sólo y exclusivamente ostentaba el título de francés. Nadie puede ver en esto sino la desgracia de que nuestra Junta preparatoria fué compuesta de italianos y franceses, extranjeros todos que habían de procurar por sus conciudadanos.

Sin embargo, estas pretericiones de que fué víctima Rodrí-